

barco como acercándose á la orilla tan ligeramente, que no forma estela ni parece que toca la superficie del agua; y mientras tanto, las almas que hace unos momentos abandonaron la vida, la tierra y el juicio, con afecto melancólico mezclado de alegría, cantaban:—*In exitu Israel de Egipto*, etc. Hé aquí, ciertamente, uno de los más bellos pensamientos del Dante; y como teólogo que era á la vez que poeta, parecenos que merece la pena de mencionarle en este lugar como prueba que nos hace ver cuál era la concepcion del purgatorio entre las personas entendidas y de talento en la época del autor de la Divina Comedia.

#### SECCION V.

##### *Union de las dos vistas.*

Mas veamos ahora qué tienen de comun ambas á dos vistas del purgatorio: semejante examen es una consideracion sumamente práctica. Yo supongo que no habrá ninguno de entre nosotros que espere condenarse: conocemos y sentimos, con mayor ó menor alarma, la grandeza del riesgo que estamos corriendo, pero

sin esperar ser condenados, lo cual seria el pecado de desesperacion; así es que el infierno nos interesa solo como motivo que contribuye poderosamente á avivar nuestra diligencia, exactitud, circunspeccion y temor. Mas no nos sucede lo mismo con el purgatorio: supongo que todos nosotros esperamos ó nos creemos seguros de ir allá. Si apenas fijamos la consideracion en semejante asunto, entónces tal vez abriguemos en nuestro ánimo alguna vaga nocion de que iremos derechamente al cielo, no bien hayamos sido juzgados; pero si reflexionamos seriamente sobre ello, sobre nuestra vida, sobre la santidad de Dios, sobre lo que leemos en los libros de devocion y las Vidas de los Santos, casi no puedo concebir que haya alguno de entre nosotros que espere evitar el purgatorio, cuando debiera más bien tener la persuasion, de que es casi un esfuerzo de la divina misericordia el que se sirva conducirnos á aquel lugar de expiacion; imaginarnos otra cosa, más que esperanza heróica, seria una vana presuncion. En su consecuencia, si realmente esperamos que nuestro viaje para el cielo le hemos de hacer pasando ántes por los tormentos del purgatorio, porque penal es, en efecto, su purificacion, impórtanos sobremanera el saber qué

tienen de comun ambas á dos vistas del purgatorio, que son las que parecen prevalecer en la Iglesia.

Primeramente, convienen ambas á dos vistas en la terribilidad de la pena, nacida, ora del oficio que segun ordenacion divina tienen que llenar, ora á causa de ser el alma, separada del cuerpo, el objeto de su accion. Convienen igualmente ambas á dos representaciones en la duracion del sufrimiento: hé aquí un punto sobre el cual es preciso que nos detengamos unos momentos, ya que la generalidad de los fieles, dificilmente llega á convencerse de semejante duracion; y no obstante, de este convencimiento resultan grandes ventajas, así á nosotros como á los demas. Dicha duracion puede considerarse bajo dos róspectos: primeramente, como una extension real de tiempo; y segundo, como una duracion aparente, nacida del exceso de la pena. Por lo que hace á la duracion del sufrimiento considerado bajo el primer aspecto, si examinamos las Revelaciones de Sor Francisca de Pamplona, hallaremos, que entre millares de casos de almas condenadas al purgatorio, la mayor parte estuvieron sufriendo treinta, cuarenta ó sesenta años. Citemos algunos ejemplos: un santo obispo, ántes de que se apareciese á la sierva de Dios, ya

habia estado penando en el purgatorio cincuenta y nueve años, por algunas negligencias en el desempeño de su elevado cargo; otro obispo, el cual fué tan desprendido de sus rentas, que se le apellidaba el limosnero, estuvo cinco años, por haber deseado la dignidad episcopal; otro obispo pasó cuarenta años; un párroco, cuarenta años, porque, debido á su negligencia, murieron algunos enfermos sin recibir los últimos Sacramentos; otro sacerdote, cuarenta y cinco años, por falta de reverencia en las funciones de su ministerio; un caballero, cincuenta y nueve años, por su apego á las cosas de la tierra; otro, sesenta y cuatro años, por su pasion á jugar dinero á los náipes; otro, treinta y cinco años, por vanidad mundana. Parece que segun las Revelaciones de Sor Francisca, generalmente son los obispos, quienes permanecen más tiempo en el purgatorio, y los que á la vez están en él sufriendo mayores tormentos.

Sin multiplicar ejemplos, que ciertamente nos seria fácil mencionar, los que acabamos de aducir, nos enseñan á tener más vigilancia sobre nosotros mismos, y á ser incansables y perseverantes en rogar por los difuntos: las antiguas fundaciones de Misas perpetuas revelan el mismo sentimiento. Estamos demasiado inclina-

dos á cesar muy luego en los sufragios por nuestros amigos, imaginándonos tontamente que salen del purgatorio más pronto de lo que sucede en la realidad. Si Sor Francisca vió en espíritu penando aun en el purgatorio las almas de muchas fervorosas carmelitas, algunas de las cuales habian obrado milagros durante su vida, diez, veinte, treinta, sesenta años despues de su muerte, sin que todavía se acercase el tiempo de su rescate, conforme muchas de ellas se lo manifestaron, ¿qué no nos pasará á nosotros y á nuestros allegados? En cuanto á la aparente duracion en el exceso del sufrimiento, se citan en las Crónicas de San Francisco, en la Vida de Francisco Gerónimo y en otros escritos por el estilo, no pocos ejemplos de almas que se aparecieron una ó dos horas despues de su muerte, y ya creian que habian estado muchos años padeciendo en el purgatorio: acaso este sea el purgatorio de aquellos que por fin se acogen al Señor en la hora de su muerte.

Ambas vistas convienen tambien en la terribilidad con que son castigadas aquellas faltas que en el mundo llamamos lijerísimas: San Pedro Damiano nos ofrece no pocos ejemplos acerca del particular, y de muchos otros hace mencion Belarmino. En las obras de estos escritores

ocurren con frecuencia ejemplos de almas, que se encuentran padeciendo en el purgatorio por leves afectos de propia complacencia, ligeras distracciones en el rezo del Oficio divino y otras imperfecciones por el estilo. Sor Francisca aduce el caso de una doncellita de catorce años, castigada á sufrir las penas del purgatorio, por no haberse completamente conformado con la voluntad de Dios, que dispuso saliese de esta vida en tan tierna edad; y aun llegó un alma á hablar en estos términos á la sierva de Dios:— «¡Ay! apenas piensan los hombres en el mundo cuán caro tienen que pagar aquellas faltas que casi no llegaban á notar durante su vida!» La misma religiosa hasta vió almas que eran horriblemente atormentadas, solo por haber sido escrupulosas mientras vivieron en la tierra; ora, así me parece, á causa del amor propio que generalmente reina en los escrúpulos; ó ya por no rendirse dichos sugetos á lo que la obediencia les ordenaba. Las nociones erróneas acerca de las faltas ligeras, pueden inducirnos á olvidar á los fieles difuntos, ó á cesar demasiado temprano en las oraciones que aplicamos en sufragio suyo, no ménos que á privarnos de una leccion provechosa á nuestras almas.

Convienen ademas, ambas á dos vistas del

purgatorio, en el abandono en que se encuentran las almas benditas: yacen postradas en aquel lugar como el paralítico de la piscina; no parece sino que ni la bajada del Angel es para ellas un remedio eficaz, á ménos que alguno de nosotros no vaya á socorrerlas. Escritores ha habido, quienes llegaron á sostener que no pueden rogar; y como quiera que sea, ningun medio tienen para hacerse oír de nosotros, de cuya caridad depende su salvacion. Ni han faltado escritores, los cuales dijeron que nuestro divino Redentor no quiere socorrerlas sin nuestra cooperacion, y que la santísima Virgen no puede favorecerlas sino por medios indirectos, á causa de no estar ya en mano de nuestra Señora el satisfacer. Qué poco me agrada el oír hablar de cosas que nuestra Madre querida no puede obrar; así es que miro semejantes afirmaciones con cierta sospecha ó prevencion. Estas opiniones, sin embargo, al ménos nos representan la viveza con que los teólogos conciben el abandono de las ánimas benditas. Otro de los caracteres de semejante desamparo consiste en el olvido de los vivos y en la cruel lisonja de sus parientes, quienes, adulándose vanamente, siempre quieren que sus allegados mueran la muerte de los Santos. Si supiesen el número no

Misas y oraciones, que les roban con semejantes exageraciones egoistas, relativas á la santidad que llevaron consigo al salir de este mundo, no dejarían ciertamente de abrigar en su ánimo algun escrúpulo; y la llamo exageracion egoista, pues no es más que una miserable estratagema con que pretenden consolarse en su afliccion. La verdadera situacion, pues, de las almas benditas, consiste en el más deplorable y espantoso abandono: no pueden hacer penitencia, ni merecer, ni satisfacer, ni ganar indulgencias, ni recibir Sacramentos, ni vivir bajo la jurisdiccion del Vicario de Dios, quien, á manos llenas, está derramando gracias y bendiciones sobre nuestras cabezas; las ánimas benditas son una porcion de la Iglesia, sin sacerdocio ni altar á su disposicion.

Tales son, pues, los rasgos en que convienen ambas á dos vistas ó representaciones del purgatorio; y no pocas son las lecciones que podemos aprender, grandemente útiles, así á nuestro propio aprovechamiento, como al de las almas benditas. Por lo que hace á nosotros, ¡cuánta luz no arrojan semejantes rasgos comunes, sobre la flojedad, tibieza y amor al ocio! ¡qué concepciones no inspiran en nuestro ánimo, relativas á las devociones que practicamos por mero espíritu

de ceremonia ó por simple rutina! ¡qué cambio no obrarian en nuestra conducta! ¡qué diligencia en nuestros exámenes de conciencia, confesiones, comuniones y oraciones! No parece sino que la gracia de todas las gracias, por cuya consecucion deberiamos estar siempre importunando á nuestro Señor dulcísimo, consiste en detestar el pecado con aquel aborrecimiento con que Él le detestara en el Huerto de Gethsemaní. ¡Oh! ¿pues no es la pureza de Dios un objeto pavoroso, indecible, adorable? Aquel, que es en sí mismo un simple y puro acto, ha continuado obrando, multiplicando actos, desde la creacion hasta el presente,—¡y no ha empañado, con todo, su pureza con mancha alguna! Constantemente se está mezclando, con incomparable condescendencia, en aquellas cosas que tiene bajo sus piés soberanos—¡y ninguna mancha! Ama á sus criaturas con un amor inconmensurablemente más intenso que las más fogosas pasiones de la tierra—¡y ninguna mancha! Es omnipotente; y no obstante, excede á los límites de su inmenso poderío el recibir mancha alguna. Es tan puro, que su Vision Beatífica causa una pureza y felicidad eternas; la pureza de María no es más que una lijera y clara sombra de la pureza de Dios, ¿qué digo? la Sagrada Humani-

dad de Jesús no puede honrar debidamente la pureza inmaculada del Altísimo; y nosotros ¡hasta nosotros! estamos llamados á reposar eternamente en los brazos del Rey de la majestad, y á descansar en medio de los esplendores sempiternos de aquella Pureza increada! Pues ahora bien; examinemos nuestra vida, sondeemos, siquiera no sea más que durante un solo día, los senos de nuestro corazon, y veremos no pocas intenciones siniestras, respetos humanos, amor propio, tibieza, que mancillan nuestras acciones y aun nuestras devociones; y de esta suerte, un purgatorio siete veces más encendido, y habitado hasta el día del juicio, deberá parecernos un delicioso noviciado para la Vision del Santo de los Santos.

Ciertas personas se revuelven contra el pensamiento del purgatorio: háceselas demasiado duro, el que despues de haberse afanado durante toda su vida en servir á Dios, tengan que completar la tremenda hazaña de una buena muerte, pasando de las agonías de la última hora, al fuego penoso, vivo, terrible, devorador del purgatorio. ¡Ay, mis amigos queridos! ¡Vuestro enojo de nada os servirá! ¡no alterará, ciertamente, los hechos! ¿Pero habeis pensado suficientemente en Dios nuestro Señor? ¿habeis

tratado de conocer su santidad y pureza en meditaciones asiduas? ¿existe un verdadero divorcio entre vosotros y el mundo, que, como sabéis, es enemigo de Dios? ¿tomáis el partido del Eterno? ¿os habeis casado con sus intereses? ¿suspírais y trabajáis por su mayor honra y gloria? ¿habeis colocado la culpa junto á la Pasion de nuestro Salvador dulcísimo, para comparar y medir la una con la otra? Seguramente, si así lo hicieseis, el purgatorio no os parecería sino la invencion suprema, inesperada é incomparablemente tierna de un obstinado amor, que misericordiosamente está determinado á salvaros á pesar vuestro; sería para vosotros un portento perpetuo, un portento delicioso, siempre nuevo y lleno de frescura, un portento que os serviría de manjar y bebida para vuestra alma, el que vosotros, siendo quienes sois, lo que conoceis ser, lo que aprehendeis que Dios sabe que sois,—fueseis eternamente felices en la gloria del cielo. Recordad lo que aquel alma del purgatorio dijo en lenguaje sencillo, pero lleno de energía, á Sor. Francisca:—«Quienes viven en la tierra, apenas piensan cuán caro les ha de costar aquí la conducta que observan en el mundo.» ¿Os enojais porque se os dice que ireis al purgatorio? ¡Necios, necios! Lo

más probable es que semejante enfado sea una falsa lisonja, una zalamería, y que jamas llegareis á ser bastante buenos para ir al purgatorio. Porque, francamente, no conoceis vuestro propio interes, cuando se os habla del purgatorio; y entiéndase bien, que nadie irá allá sino el humilde. Recuerdo que fué revelado á María Crocifissa, que si bien muchos Santos, mientras vivieron en el mundo, amaron á Dios aun más que le aman algunos bienaventurados en el cielo; con todo eso, el más grande Santo de la tierra no era tan *humilde* como las almas del purgatorio: no creo haber leído nunca en las Vidas de los Santos nada que haya causado en mi ánimo tanta impresion. Veis, pues, que es inoportuno el enojaros, puesto que únicamente les cabe la suerte dichosa de ir al purgatorio, á aquellos que sinceramente se juzgan dignos del infierno.

Mas no solo los susodichos rasgos comunes á las dos vistas encierran enseñanzas provechosas á nosotros mismos, sino tambien, segun llevamos indicado, á las mismas almas benditas: vemos que nuestras atenciones caritativas para con ellas, es menester que sean mucho más eficaces y continuas que hasta el presente, puesto caso que se va al purgatorio

por faltas sumamente pequeñas, y se permanece en aquel lugar un tiempo incomparablemente más largo de lo que uno se imaginaba. Pero la más patética apelacion que las almas benditas dirigen á nuestra caridad, es el desamparo en que se encuentran en aquella mansion de tormento; y nuestro Señor dulcísimo, en sus amorosos designios, á fin de que las socorramos, nos ha otorgado un poder que excede en extension á la incapacidad en que se hallan para favorecerse á sí propias. Algunos teólogos han dicho que no es infalible el efecto de las oraciones que se aplican por las ánimas benditas del purgatorio: los argumentos que aducen en defensa de semejante asercion, lo confieso, no me convencen. Mas aunque así fuese, ¡cuán asombrosas no son todavía las facultades que podemos ejercer en favor de los fieles difuntos! Porque, al fin, sostiene Santo Tomas ser más acepta á los ojos de Dios la oracion por los difuntos, que la oracion aplicada por los vivos. Nosotros podemos ofrecer y aplicar por las ánimas benditas todas las satisfacciones de Jesucristo Señor nuestro; nosotros podemos hacer penitencia por ellas; nosotros podemos darlas todas las satisfacciones de nuestras acciones y sufrimientos ordinarios; nosotros podemos cederlas, por vía

de sufragio, las indulgencias que ganemos, siempre que la Iglesia haya ordenado que sean aplicables por los fieles difuntos; nosotros podemos circunscribir y encaminar hácia todas ó algunas de ellas, la intencion del Adorable Sacrificio de la Misa. La Iglesia, que no tiene jurisdiccion alguna sobre las almas del purgatorio, puede, sin embargo, por vía de sufragio, hacer aplicables ó no aplicables las indulgencias en favor suyo; y con el auxilio de la liturgia, conmemoraciones, incienso, agua bendita, etc., y muy especialmente con la ingeniosa invencion de altares privilegiados, puede ejercer sobre ellas una eficaz influencia. La comunion de los Santos abre las venas y los canales, con que alcanzan su objeto, en Jesucristo, todas estas prácticas y ritos sagrados; el mismo cielo condesciende á ejercer su accion sobre el purgatorio, á traves de la tierra; la soberana Reina de las almas benditas las socorre haciéndonos trabajar por ellas; los Ángeles y los Santos, por mediacion nuestra, las favorecen igualmente con sus dones, induciéndonos á ser limosneros suyos; y no raras veces, sin que nosotros mismos lo sepamos, ejercemos para con ellas semejante oficio; nuestro Señor amoroso se digna mirarnos, cual si quisiera decirnos: ¡Aquí están mis

instrumentos; trabajad en auxilio mio!—conduciéndose como un padre, quien deja ejecutar á su hijo parte de su obra, á pesar del riesgo que corre de vérsela echar á perder. Poseer semejantes poderes, y no ejercerlos, seria el colmo de la irreverencia para con Dios, no ménos que la más espantosa falta de caridad hácia los hombres. No hay cosa más irreverente, porque nada hay ménos filial, como el alejarse de los dones de Dios, únicamente á causa de su exuberancia. Cierta instinto de seguridad induce al hombre á no mezclarse en lo sobrenatural; pero la verdad es, que no podemos mantenernos alejados de semejante orden, y ser salvos: el naturalismo es, pues, peligroso. Si nosotros rehusamos entrar en el sistema mencionado, y no ocupamos en él humildemente el puesto que nos corresponde, nos arrastrará tras sí, solo para despedazarnos, luego que nos tenga bajo sus órdenes. El miedo de lo sobrenatural es el más peligroso de los afectos; y la prevencion con que se le mira, es asimismo un pronóstico de condenacion eterna, que con demasiada frecuencia tiene su cumplimiento.

Todo cuanto llevo dicho hasta aquí, indirectamente al ménos, no ha sido más que un elogio en favor de la devocion por las almas benditas; pero

ahora es preciso que de un modo más directo, hable de las excelencias y prerogativas de semejante práctica devota.

#### SECCION VI.

##### *Excelencias y prerogativas de la devocion por las almas benditas.*

1.<sup>a</sup> No es ciertamente ninguna exageracion el llamar á la devocion por las almas benditas, no ménos una especie de centro, donde confluyen y van á encontrarse todas las devociones católicas, como una práctica que satisface más que ninguna otra devocion particular nuestros deberes religiosos, pues que es una devocion toda de amor y amor desinteresado: echemos una ojeada sobre las principales devociones católicas, y nos convenceremos de ello. Sea, por ejemplo, la primera, la devocion de San Ignacio á la gloria de Dios, la cual, si nos es permitido emplear semejante lenguaje, fué la devocion especial y favorita de Jesús. Pues ahora bien; el purgatorio no es sino un campo dilatado, donde puede recogerse una cosecha abundantísima de gloria de Dios: no se puede recitar oracion alguna en sufragio de las almas benditas, sin que al punto no sea Dios